

MC_ATENEA_EL LOSER

Antes de empezar esta historia conviene una aclaración. Hay palabras que, aun siendo extranjeras, se instalan con fuerza en nuestro idioma: loser es una de ellas. Irrumpió en los labios juveniles a fines del siglo XX y quedó entre nosotros con la terquedad de la mala hierba. Suena como un susurro humillante, un escupitajo hecho palabra. Nadie la invitó, pero ahí está: vocablo inglés, despectivo y áspero, marcando al perdedor, al fracasado, al que tropieza siempre en el mismo lugar.

Es curioso cómo el idioma acepta estas infiltraciones, como si en sus grietas se colaran desechos de otras culturas. Pero la lengua es un organismo vivo: respira, muta, se devora a sí misma. Cada generación la recibe, la reinventa, la arruina o la enriquece. Quizá lo que parece un insulto sea, en realidad, otra manera de seguir latiendo.

Nací en 1955, en Buenos Aires. Mis primeros recuerdos –quebrados, difusos, como fragmentos de un espejo viejo– me arrastran a la cocina de mis abuelos en La Plata. Tenía apenas cuatro años cuando mi abuela paterna, con la solemnidad de una pitonisa y el aire de quien revela un misterio, me confió el secreto de mi origen: «Vos naciste de un repollo». Así, sin anestesia. Y yo lo creí, claro, con toda la fe del mundo. Lo dijo con tanta seriedad que hasta el reloj de pared pareció detenerse.

La historia, según su versión, era así: Mitita, la cocinera, estaba lavando verduras compradas a Mingo, el verdulero del barrio. De pronto, entre las hojas verdes de un repollo, escapó un llanto tibio. Era yo. Durante años creí esa fábula con la fe ciega de un creyente. Cada vez que veía a Mingo lo saludaba con respeto casi familiar y agradecía en silencio haber sido el intermediario de mi destino.

Más tarde descubrí la verdad —menos mágica, más biológica y más sucia—. Me llegó de boca de mis amigos, que se encargaron de arruinarme la historia con un balde de agua fría: nada de repollo. Entre risas crueles y burlas implacables me explicaron lo que hasta entonces se me había ocultado. Esa revelación —que no había nacido de un vegetal, sino de un modo terrenal y vulgar— me produjo una especie de asco hacia mí mismo. Como si al arrancarme la fábula me hubieran dejado desnudo en un basural.

Mi infancia transcurrió en tiempos en que la televisión era todavía un lujo de pocos. A través de esa pantalla descubrí mundos hoy que ya no existen: el capitán Piluso, Titanes en el Ring, Súper Hijitus. Recuerdo con nitidez la llegada de Batman, en 1966. Cada martes, él y Robin quedaban atrapados en un destino mortal. Nosotros, niños crédulos, pasábamos los recreos discutiendo cómo escaparían de la muerte. El jueves, milagrosamente, los héroes salían vivos y victoriosos, mientras el villano caía derrotado. En los recreos también jugábamos a las figuritas, que intercambiábamos con entusiasmo. No faltaba el que gritaba: «¡Figuritas a la marchanta!» y las arrojara al aire, obligándonos a lanzarnos a una batalla frenética por conseguirlas. Y, por supuesto, nos bastaba una pelota de trapo para jugar al fútbol. Pero no todo eran figuritas ni fútbol: en cualquier casa, una escoba podía transformarse en caballo y convertirnos en jinetes del oeste; un palo era espada o rifle, según lo exigiera la fantasía del momento. Nuestro mundo era la imaginación: nada necesitábamos porque lo inventábamos todo. Las revistas sumaban otras ventanas: Patoruzito, Patoruzú, Tío Rico. Mis sábados amanecían con la revista infantil Billiken bajo la puerta de servicio, gracias a Rodolfo, el encargado del edificio. Primero leía a Pelopincho y Cachirula; después me dejaba arrastrar por Las aventuras de Pi-Pío.

Los cumpleaños eran otro universo. Algunos padres, con cierto poder adquisitivo, alquilaban una película en 8 mm. Entonces llegaba un hombre con proyector y pantalla portátil. Bastaba apagar la luz para que la magia comenzara: el gordo y el flaco, Tarzán, dibujitos animados. Nosotros mirábamos embelesados desde sillas, sillones o directamente en el suelo. Después la torta, los sándwiches de miga, la gaseosa en vasos de plástico. Y, finalmente, el tesoro: el cotillón. Silbatos de colores, veleritos, relojitos de plástico, sapitos de lata que croaban al apretarlos, gracias a una chapita engrampada en el reverso. Toda la felicidad del mundo cabía en una bolsita de celofán. Cuando cumplí once, llegó a mi casa el Cine Graf: La euforia absoluta. Un artefacto pequeño que simulaba ser un proyector, con carretes y manivela. En lugar de película, tiras de papel traslúcido con imágenes fijas que, proyectadas sobre la pared, se convertían en aventuras, episodios históricos, historietas. Para mí era una máquina de sueños. Hoy ese aparato está sepultado por la tecnología. Como tantas cosas, quedó reducido a un objeto casi arqueológico. Una magia que ya no produce efecto sobre nadie.

Pasaron los años y me convertí en padre de Felipe y Tomás. Cuando Felipe tenía siete, ya vivía en un mundo distinto. Sus programas favoritos eran los Power Rangers y los Teletubbies. Un día me senté a ver con ellos esos Teletubbies que tanto comentaban. Mi primera impresión fue devastadora: cuatro criaturas grotescas, de movimientos torpes y balbuceos absurdos. Pensé que aquello era el apocalipsis cultural. Sin embargo, Felipe reía fascinado, como si estuviera frente al más grande de los espectáculos.

Indignado, le comenté a Natalia, mi esposa, lo espantoso que era aquel programa y clamé por la prohibición inmediata. Ella, docente, sonrió con esa calma que a veces me exaspera, y me dijo imperturbable: «No pasa nada». Y claro, no pasaba nada... salvo mi furia de padre, que veía a sus hijos criados entre lo que consideraba basura televisiva. Uno quiere dejarles sus reliquias y ellos las devuelven con indiferencia, como quien aparta una fruta podrida.

Un día decidí reaccionar. Elaboré un plan heroico: traer de regreso mi infancia para rescatar la de ellos. Busqué un Cine Graf por internet, con películas en blanco y negro y en color. Los senté frente a la pared, oscurecí la habitación y les fui leyendo las imágenes proyectadas. Yo estaba embriagado de nostalgia; ellos apenas disimulaban el desgano. Al cabo de un rato, cansado de leerles, les pregunté si querían seguir viendo. Me respondieron que preferían hacer otra cosa. Fue un golpe seco: el entusiasmo era mío, y solo mío.

Mi última batalla la libré con las aventuras de Hijitus. Conseguí todos los episodios y los obligué a verlos conmigo, convencido de que esta vez sí lograría seducirlos. Me sentía un predicador frente a sus discípulos, un padre que transmitía un legado. Pero el aburrimiento de Felipe era inocultable. Con la paciencia de quien no quiere contrariar a un loco, me pidió salir de la pieza. Yo, ciego en mi empeño, lo obligué a quedarse. A la media hora, su gesto era de fastidio. Fue entonces cuando le pregunté si le gustaba. Su respuesta fue un «no» seco y lapidario. Minutos después suspendí el encuentro: lo que yo creía un acto de amor era, en verdad, una forma de violencia.

La respuesta llegó al día siguiente, tan brutal como tierna. Mientras tomaba mate con Natalia, un papel se deslizó por debajo de la puerta. Era una carta de Felipe, escrita con letras torcidas y furiosas, cargadas de errores de ortografía:

«Papá sos un luser. Odio super ijitus, muera super ijitus. No quiero verlo mas. Aguanten los Power Rangers».

Al leerla, reímos, sí, pero la risa no me salvó de la punzada. En pocas palabras había destruido mi ejército de recuerdos.

Y en medio de las ruinas, la voz de mi hijo seguía en pie, viva, implacable.

El niño David había derribado al gigante Goliat de un hondazo.